

Ello supone, también, crear las circunstancias clínicas que favorezcan una muerte tranquila, lo cual implica disminuir el dolor y el sufrimiento mediante Cuidados Paliativos, que no se abandone ni descuide al paciente y que los cuidados se consideren igual de importantes independientemente del pronóstico. Igualmente se debe promover una asistencia espiritual acorde con los valores y creencias de la persona.

El reto que tenemos en relación con la enfermedad y el morir humano está en humanizar los procesos finales de la vida humana. Eso pasa por ofrecer la asistencia médica y sanitaria conveniente y proporcionada. Pero también, en cultivar una auténtica cultura del morir: saber estar junto al enfermo, apretar su mano, sentir su corazón; saber estar también cerca de los familiares del enfermo.

Hay que llenar el trance de la muerte de humanidad. La clave está en el acompañamiento y la cercanía. Una compañía que, desde el punto de vista cristiano, llega también a compartir la fe y la esperanza en la resurrección del Señor.

Christine de Pizan, ¿precursora de la teología feminista?

Rev. Aragon. Teol. 36 (2012)

Marta Zubía Guinea

Las personas creyentes creemos que la salvación realizada por Dios y por la acción liberadora humana y el cumplimiento de la promesa escatológica, no se pueden separar¹, como si, por un lado, estuviera nuestro mundo y, por otro, se le añadiera como un pegote la promesa, aunque ciertamente tampoco se pueden identificar sin más: la construcción del mundo y la dignificación del ser humano no conllevan, de por sí, la llegada del Reino; la historia profana no es fuente de salvación, porque ésta es fruto de la gracia y la gracia es gracia, gratis, le viene por iniciativa de un amor gratuito que le llama y se compromete en una comunión amorosa; es el Espíritu quien transforma esta historia en historia de salvación. Por eso, hemos de reconocer, en esta historia que es la nuestra y en sus logros, los brotes del Reino, los *signos de los tiempos*, pues el Dios cristiano se revela en la historia como el que está delante de nosotros y nos abre a una promesa: trascendencia histórica más que espacial, en la que se combina el protagonismo humano en la construcción del Reino y la donación gratuita de ese Reino por parte de Dios (J.A. Estrada).

En este sentido, dice Marie Maugeret (1896), una de las pioneras del feminismo cristiano, que *"hay que reconocer que todas las mujeres que han luchado por abrir el camino a la emancipación de la mujer han contribuido a la preparación del Reino de Dios en este mundo"*².

En el presente artículo, nos acercaremos a una de estas mujeres, Christine de Pizan (1364-1430), humanista³, poetisa, historiadora y tratadista, primera escritora

¹ COMISION TEOLOGICA INTERNACIONAL: "Declaración sobre la promoción humana y la salvación cristiana", *Ecclesia* 1.855 (1977) 1.283s.

² Cf. MARGUERITE MAUGERET, "Rapport sur la situation légale de la Femme envisagée au point de vue chrétien", *Le Féminisme chrétien* (mayo 1900) 101.

³ Algunos autores consideran que *La Ciudad de las damas*—obra maestra de C.Pizan, objeto de esta reflexión— es quizás la primera utopía renacentista, antes de que T.Moro, T.Campanella y B. Bacon vieran la necesidad de pensar en unos modelos de sociedad alternativos a los existentes en la Europa de su época.

J. ADRIÁN ESCUDERO, "*Corpus sanum sive mens insana*. A propósito de Cristina de Pizán y *La ciudad de las damas*", *Themata* 33 (2004) 178.

Véase M. J. LEMARCHAND, "Introducción", en: CHRISTINE DE PIZAN, *La ciudad de las damas*, Madrid: 2000.

profesional de Occidente, primera mujer que tomó la palabra públicamente, con voz propia, frente a los grandes varones intelectuales y teólogos de su tiempo, para debatir y rebatir sus calumniosas tesis acerca de las mujeres que, se defendían desde los púlpitos como establecidas por Dios. Primera mujer que defiende y ejerce su vocación laica, desde su mayoría de edad y, para algunas, precursor de la Teología feminista, tanto por su método como por su desenmascaramiento del Dios misógino, creado por los varones, demostrando la absurdez y el sinfundamento de sus tesis.

Hija del físico y consejero del rey Carlos V, de Francia, Christine es educada en la corte francesa, en un ambiente humanista, en el que recibe la instrucción de los mejores tutores que le fomentan, aún más, el amor por el conocimiento. Pronto, admira a sus formadores por su pasión por el estudio y la búsqueda de la verdad, por su espíritu crítico y su reacción contra los procedimientos escolásticos con una notable libertad. El resultado es una mujer docta e ilustrada, que habla italiano y francés, domínale griego y el latín, lo que le permite el dominio de los clásicos griegos y latinos, así como de la Biblia y la Patrística, tal como se ve reflejado a lo largo de toda su obra.

Viuda a los 25 años, pasa de repente de la situación regalada de una familia desahogada a la necesidad de ponerse a trabajar para sacar a su familia adelante y, de golpe, se ve inmersa en la durísima crueldad de un mundo misógino que la mira con altivez, la ridiculiza, se mofa y desprecia por ser mujer. Se dedica a lo que mejor sabe: estudiar y escribir y a estudiar. Autora de numerosas obras, pronto se consolida como reputada mujer de letras, en los principales países europeos y se gana el respeto y elogio de sus congéneres, escritores y pensadores, tanto entre sus admiradores, como entre sus enemigos. Claro que menos elogios recibe entre los clérigos y los universitarios, abochornados de ver a una mujer rivalizar con ellos incluso en su propio terreno del saber y de la filosofía-teología⁴.

Sus últimos años de vida, los pasa en una abadía, dedicada a la oración, a la unión con el Señor en el calvario, tal como refleja su libro *Horas de contemplación sobre la Pasión de Nuestro Señor*.

⁴ La misoginia con sus tradicionales supuestos sobre la inferioridad de la naturaleza femenina y, por consiguiente, sobre la necesidad de controlar y subordinar a las mujeres fue la base de las *Querelles des femmes*, nombre que se dio al debate filosófico-teológico-literario sobre la valía de las mujeres, en el que participaron eruditos de las diferentes cortes, durante más de tres siglos.

El foco principal de este pensamiento es la Universidad de París, una de las instituciones de mayor importancia e influencia en Francia, tanto en el ámbito político, como en la Iglesia, que la proclama como *la llave de la Cristiandad*. Desde ella, se difunden antiguas teorías misóginas, especialmente de la mano de Boccaccio y de Meung, que pretenden fundamentar en la Naturaleza y en el designio divino.

En este debate, Christine de Pizan tiene la osadía de enfrentarse a algunas de las máximas autoridades del mundo intelectual y teológico, refutando una a una sus tesis.

M.CABRÉ PAIRET, "El otro centenario *La ciudad de las damas* y la construcción de las mujeres como sujeto político", *Aljaba* 10, (ene./dic. 2006) 3 y R. PERNAUD, *Cristina de Pizán*, Palma de Mallorca 2000, 90ss.

Intuiciones teológicas

Como bien sabemos, toda la Edad Media estuvo impregnada de religiosidad. Dios estaba presente en todos los ámbitos y en la vida cotidiana y, como no podía ser de otro modo, toda la obra de Pizan está llena de reflexiones y expresiones religiosas, que nos permiten conocer sus planteamientos teológicos. Algunas tesis son tradicionales, propias de sus tiempos, y no exentas de contradicción, pero, en su mayoría, son novedosas intuiciones teológicas en perspectiva de género, por lo que ha sido considerada como una precursora de la Teología feminista. Veámoslo en su obra maestra, *La Ciudad de las Damas*.

Entre sus *tesis más tradicionales* podemos destacar un cierto *determinismo* que le lleva a defender que Dios quiso que el varón y la mujer le sirvan de forma distinta, por lo que asignó a mujeres y varones tareas diferentes y les dotó a ambos sexos con la naturaleza y las cualidades necesarias para cumplir con sus deberes de modo que todo pueda funcionar bien, sin alteraciones ni confusiones (Lib I, 11). Sin tener conciencia de ello, C. Pizan está elevando al orden de la creación lo que no es sino el orden socio-cultural creado e impuesto por los varones. Pero, si bien esto es verdad, hay que reconocer que uno de los principales objetivos de su lucha será, precisamente, demostrar cómo este planteamiento no responde a la voluntad de Dios, sino a la voluntad de los varones, que quieren mantener sometidas a las mujeres.

Otras tesis tradicionales que subyacen en la autora son reflejo de una teología del pecado tan dominante hasta el Vaticano II: así lo encontramos, por ejemplo, en el mito de la culpa de Eva (Lib I, 6) o en la tesis de que, en el origen de la humanización de Dios, está la culpa infinita: "*de no haber sido por esa falta, jamás se hubiera logrado esta unión del ser humano con la divinidad*" (Lib I, 9).

Sus *planteamientos novedosos*, sin embargo, salpican toda su obra. Christine no entra en grandes debates teóricos, sino que, fiel a su línea argumentativa, saca toda la fuerza moral recurriendo a la autoridad de la experiencia y a su profundo conocimiento del Evangelio, de las Escrituras y de la Patrística, en general. Para comprender el alcance de sus afirmaciones, no debemos olvidar que estamos hablando de finales de la Edad Media. Algunas de estas afirmaciones, hoy, nos parecen normales, pero en su tiempo fueron totalmente innovadoras; otras, hoy, aún están en mantillas y otras, aún no las hemos asimilado. Veamos algunas de ellas:

A) Su metodología

La gran fuerza de los escritos de Pizan estriba en su *estrategia de inversión*, es decir, en volver contra los varones el discurso que ellos han lanzado contra las mujeres

durante siglos. Reformula y descontextualiza estos discursos, se los apropia y crea un nuevo discurso. Así, por ejemplo, utiliza a Boccaccio o a Meung para reescribir la historia de las mujeres en clave de mujer⁵. A partir de su propia experiencia de ser vituperada y despreciada por ser mujer, C. Pizan se siente llamada a comprometer toda su vida al servicio de la liberación de las mujeres y de que su dignidad sea plenamente reconocida. Desde su experiencia del Dios liberador, desenmascara y desmantela los discursos misóginos en los ámbitos universitario y eclesiástico; repasando a los clásicos –tanto civiles como eclesiásticos– y refutándoles sus afirmaciones contra las mujeres que tanto se repiten desde los púlpitos, echa por tierra sus seculares teorías misóginas y libera al propio Dios de la figura misógina con que le han revestido los varones. Apela a la experiencia que demuestra lo contrario, haciendo presentes con nombres y datos biográficos a cientos de mujeres, desde Eva, la “*compañera de Adán*” hasta las mujeres de su época; mujeres que, a lo largo de la historia y en los diversos campos han hecho grandes aportaciones, pero a las que la mano misógina que ha escrito la historia las ha invisibilizado.

Desde esta visibilización de las mujeres, reafirma, al mismo tiempo, la autoridad femenina e invita a todas las mujeres a instruirse, a actuar con valentía y revisar las lecciones de su experiencia personal (Lib II, 13), especialmente, las de su propio cuerpo, frente a las “verdades” del docto discurso varonil, pues el despertar de la conciencia de las mujeres es la *conditio sine qua non* para que se liberen, es decir, que abran sus ojos, que reconozcan la futilidad de las falacias misóginas, que concluyan que todas las mentiras que se dicen no tienen más fundamento que la estupidez y que salgan adelante por sí mismas: “*A todas vosotras. Mujeres de alta, media y baja condición, que nunca os falte conciencia y lucidez para poder defender vuestro honor contra vuestros enemigos. Veréis cómo los varones os acusan de los peores defectos, ¡quitadles las máscaras, que nuestras brillantes cualidades demuestren la falsedad de sus ataques!*” (Lib III, 29)

b) Vocación especial que recibe de dios para liberar a las mujeres

Porque Dios cuenta con las personas para llevar adelante su plan de salvación. Recordemos que la concepción bíblica cristiana considera que el ser humano, imagen y semejanza de Dios, al realizarse, al hacerse cada día más ser humano, realiza el plan de Dios sobre él, pues hay una correspondencia entre el Reino de Dios y su anticipación en las luchas de la historia, porque “*defender al ser humano y promover su humanización es dar gloria a Dios, de quien aquél es reflejo e hijo*”⁶.

⁵ Ibid, 182.

⁶ Véase J. MOLTMANN, “Théologie et droits de l’homme”, *Revue de Science Religieuse* 52 (1978) 299-314.

El trabajo de C. Pizan no es un mero ejercicio elucubrativo o una exhibición de su magnífica inteligencia, sino un medio de llevar a cabo la misión especial que Dios le ha encomendado: Dios quiere erradicar del mundo los errores misóginos que mantienen aplastadas a las mujeres, que: *“creyendo que era precepto divino, han aguantado, paciente y cortésmente, todos los insultos, daños y perjuicios, tanto verbales como escritos”* y ha llegado el momento de hacer la verdad. Y, para esta ardua tarea, Dios ha elegido a Christine de Pizan lo que, en ocasiones, le lleva a sentirse como Jesús discutiendo y rebatiendo ante los doctores del Templo.

Es tal su admiración por María –como veremos– que, para expresar esta vocación, se sitúa en un perfecto paralelo con la Anunciación (Lib I, 2-7). Llegado el momento, Dios envía a tres Damas (*Razón, Derechura y Justicia*) para **anunciar** a Christine que es su elegida para la construcción, sobre sólidos cimientos, de una Ciudad de mujeres que será su liberación y estará presidida por la Virgen María. Dios ha querido, además, que le acompañen y le orienten en esta magna obra estas tres Damas: *Razón*, en quien resplandece la sabiduría divina, le proporcionará la racionalidad y la sabiduría; por medio de *Derechura*, en quien resplandece la bondad divina, Dios revela sus secretos a quienes ama y es baluarte contra la fuerza y el poder injustos; y *Justicia*, la hija predilecta de Dios, de cuya esencia procede: *“Estoy en Dios y Dios está en mí, porque somos, por así decir, una misma cosa”* (Lib I, 6).

En cierto modo, aunque, por supuesto, Christine no lo explicita, en las tres Damas, podría verse como un reflejo trinitario: las tres son, por así decir, una sola: las tres están íntimamente interconexionadas, las tres convergen en una; lo que propone la primera, la segunda lo dispone y aplica y la tercera lo lleva a perfecto término.

“Hundida en mis tristes pensamientos estaba –en mi cuarto de estudio– cuando de repente vi bajar sobre mi pecho un rayo de luz como si el sol hubiere alcanzado el lugar... levanté la cabeza para ver de dónde venía esa luz y vi cómo se alzaban ante mí tres Damas coronadas, de muy alto rango... Huelga decir mi sorpresa, ya que las tres Damas habían entrado pese a estar cerradas las puertas. Tanto me asusté que me santigué en la frente temiendo que aquello fuera obra de algún demonio. Entonces, a primera de las Damas me sonrió y se dirigió a mí con estas palabras:

–No temas, querida hija, no hemos venido aquí para hacerte daño, sino para consolarte. Nos ha dado pena tu desconcierto⁷... (Lib I, 2).”

Ante esta misión que le anuncian, Cristina se ve a sí misma pequeña –como María– indigna, pobre de espíritu y de débil cuerpo de mujer y con pocas fuerzas para afrontar una misión tan grande. Pero acaba aceptando –como María– porque “sabe

⁷ Obsérvese el paralelismo con Éx 3,7: *“Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos... he bajado para liberarle”*.

que, para Dios, nada hay imposible. y respondiendo –como María: “con todas mis fuerzas rindo alabanzas a Dios y a vos, Damas mías, que me honráis con tan noble cargo. Lo acepto gozosamente, heme aquí dispuesta a servirlos. Hágase en mí según vuestras palabras”. (Lib I, 7).

Y, a continuación, Christine alaba a Dios por su elección y porque también en otros momentos de la historia, se ha ayudado de otras mujeres para hacer llegar su mensaje a diversas partes del mundo; incluso ha contado con mujeres paganas, como las *sabias mujeres de muy alta dignidad*, llamadas *Sibilas* (*Sibila*=la que conoce el pensamiento divino), porque su don de profecía era tan milagroso que sólo podía venir del espíritu divino Christine las alaba porque no ha existido un solo profeta a quien Dios haya concedido tanto el honor de la Revelación y haya querido tanto como a estas sabias mujeres que, incluso, anunciaron incluso la llegada de Cristo, de forma más clara y detallada que los textos de los profetas.

c) El Dios que presenta

Aunque Christine directamente no nos presenta al Dios como Trinidad, bien podemos decir que, de nuevo, encontramos claros reflejos:

1. El Dios creador

a) *el Dios de su vida, el Dios que le acompaña y le quiere, es un Dios que ni se avergüenza de las mujeres ni las repudia ni les invita a dejar de ser mujeres para ser dignas de acercarse a él.* Ante lo que le dicen y le predicán los grandes sabios eclesiásticos, Christine recurre a su propia experiencia de Dios y a su profundo conocimiento de las Escrituras y concluye que es imposible que Dios pueda querer la infravaloración de las mujeres, como le adjudica el discurso oficial, cuando defienden que, “*al crear Dios a la mujer, había creado un ser abyecto*” (Lib I, 1) Christine no puede comprender cómo “*tan gran Obrero haya podido hacer una obra abominable... ya que, si creemos a esos autores, la mujer sería una vasija que contiene el poso de todos los vicios y males...*”. Se trata, sin duda, de un constructo social de los varones y Dios ha esperado a que llegara su hora para acabar con tanta calumnia. “*¿Cómo, si no, hubiese tolerado Dios tantas herejías que van contra su Palabra y que ha costado mucho tiempo extirpar?*” (Lib II, 53).

Y, con finísima ironía se lamenta: “*Ay, Señor, ¿Cómo puede ser, cómo creer sin caer en el error de que tu sabiduría infinita haya podido crear algo que no sea bueno? ¿Acaso no has creado a la mujer, deliberadamente, dándole todas las cualidades que*

se te antojaban? ¿Cómo iba a ser posible que te equivocaras? Sin embargo, aquí están tan graves acusaciones, juicios y condenas contra las mujeres. No alcanzo a comprender tamaña aberración. Si es verdad, Dios mío, que tantas abominaciones concurren contra las mujeres, como muchos afirman, ¡ay, Dios mío, por qué no me has hecho nacer varón para servirte mejor con todas mis inclinaciones, para que no me equivoque en nada y tenga esa gran perfección que dicen tener los varones!" (Lib I, 1).

a) Es un Dios que ha hecho iguales a mujeres y varones

Defiende nuestra autora que Dios tuvo en su pensamiento eterno la igualdad de la mujer y el varón y *"quiso que ambos se presten ayuda mutua, cada cual a su manera"* (Lib I, 11); *"Dios formó el cuerpo de la mujer con una de sus costillas, para significar que debe permanecer a su lado como compañera. No estar a sus pies como una esclava..."*.

C. Pizan denuncia como opuesto al espíritu cristiano la visión clerical, tan presente en todos los autores del discurso misógino, sobre los tiempos felices del Paraíso, a cuyos gozos puso final el pecado de Eva, de manera que, por culpa de la mujer, el varón nunca volverá a sentirse feliz en este mundo. Y alaba a las mujeres que cambiaron la suerte de los seres humanos, al descubrir el sentido alternativo del relato bíblico. Así –nos dice– *"frente a quienes afirman que por culpa de Eva, la mujer hizo caer al varón o que las mujeres son el origen de todos los males, hay que responderle que, si Eva le hizo perder un puesto, gracias a María ganó uno más alto; fue una mujer quien abrió las puertas del Paraíso, la Virgen. Dios salvó a la Humanidad a través de una mujer. Gracias a ella, Dios se hizo un ser humano y que, por mediación de la mujer, el varón accedió al reino de Dios, pues de no ser por María, los varones se dirigirían a los dioses paganos"*.

Echa por tierra, igualmente, las bases del discurso misógino que se fundamenta siempre (hasta hoy) en la naturaleza, porque argumentar basándose en la naturaleza corresponde a las visiones esencialistas, que consideran incuestionable el orden natural, por querido por Dios, y que pretender alterarlo es ir contra la voluntad de Dios. Además, *"las atrocidades y difamaciones que los varones dicen de las mujeres no pueden ser fruto de la Naturaleza, porque ella es discípula del Divino Maestro y no puede tener más poder que quien le ha conferido su autoridad"* (Lib I, 9). En realidad –plantea– el problema de la desigualdad entre mujeres y varones radica especialmente en la educación: *"Si la costumbre fuera mandar a las niñas a la escuela y enseñarles las ciencias con método, como se hace con los niños, aprenderían y entenderían las dificultades y sutilezas de todas las artes y ciencias tan bien como ellos... Ha llegado el momento de que las severas leyes de los hombres dejen de impedirles a las mujeres el estudio de las ciencias y otras disciplinas"* (Lib I, 27).

“Dios, que no hace nada que no sea razonable, ha querido mostrar a los hombres que no tiene en menor estima al sexo fememino que al varonil. Se ha complacido en conceder a las mujeres tantas facultades intelectuales que su inteligencia no sólo es capaz de comprender y asimilar las ciencias, sino también de inventar algunas nuevas de tal provecho para la humanidad que resultará difícil encontrar otras de mayor utilidad”⁸ (Lib I, 37).

Por último, es importe señalar que C. Pizan borda una de las defensas que, todavía hoy, tiene que hacer la Teología feminista frente al discurso oficial, pues tanto en sus planteamientos como en su doctrina, sigue negando a la mujer, en cuanto tal, ser *imago Dei* e *imago Christi*⁹: *“Además, la mujer fue formada a la imagen de Dios... Hay locos que, cuando oyen decir que Dios creó al hombre a su imagen, creen que se trata del cuerpo físico. Nada más falso, ya que Dios aún no había tomado cuerpo humano. Al contrario, se trata del alma, reflejo de la imagen divina, y Dios la creó idéntica en el cuerpo de la mujer y del varón”.*

En todo caso, –dice nuestra autora– la mujer ha sido hecha por el Soberano Obrero, no de vil materia, como el barro, sino de la más noble jamás creada, puesto que Dios la hizo del cuerpo del varón” (Lib I, 9)¹⁰.

2. El Dios Cristo

Christine siempre se refiere a Jesús como Cristo, pero no se trata del Cristo de los grandes discursos teológicos, sino del Cristo que experimentan las mujeres de su tiempo y que ella misma experimenta. De nuevo encontramos su estilo argumentativo de dar la vuelta al discurso de los varones; con un gran dominio del Evangelio, se apoya en él para refutar las burlas y menosprecios de aquéllos, haciéndoles evidente cuán lejos están del comportamiento de Cristo y poniendo a la mujer en su sitio. Así, nos presenta a

a) Un Cristo que no se avergüenza de las mujeres:

Tampoco las repudia ni les invita a dejar de ser mujeres para ser dignas de acercarse a él, antes bien, se relaciona con ellas, las admira, alaba y enaltece. Es un

⁸ C. Pizan lo dice en el contexto biográfico de *Carmenta*, inventora del alfabeto latino.

⁹ Para conocer más la controversia con la doctrina que aún sigue en vigor, véase M. ZUBÍA GUINEA, *Para nuestra memoria histórica. La mujer en la voz de los papas*, Estella 2011, .255-264.

¹⁰ Este planteamiento recuerda al que, en la misma línea, defenderá la italiana *Ciudadana I.P.M.*, a finales del s. XVIII.

Cristo que tiene y manifiesta los mismos sentimientos que despectivamente sus contemporáneos les atribuyen a las mujeres y, así, nos presenta a un Cristo compasivo, que se deja afectar por el sufrimiento ajeno y, frente a quienes dicen que las mujeres fueron hechas por Dios para *llorar, charlar e hilar*“, C. Pizán responde que, *“si Cristo hubiera creído que las mujeres lloran sólo por debilidad o estupidez, jamás se habría rebajado él a llorar de compasión, cuando vio llorar a Marta y a María y por la muerte de su hermano... o hubiera despreciado las lágrimas de María Magdalena, que tanto le agradaron que le perdonó sus pecados, o de la viuda que iba a enterrar a su hijo”* (Lib I, 0).

Por eso, tampoco las mujeres se van a avergonzar de Jesús y permanecen fieles hasta el final (Lib III, 2).

b) un Cristo que elige como primera apóstol a una mujer

Subraya, además, que las primeras apóstoles fueron mujeres: *“Si la palabra femenina fuera tan despreciable y de tan escasa autoridad como algunos pretenden, jamás habría permitido nuestro Señor que fuera precisamente una mujer quien anunciara su Resurrección, cuando le ordenó a María Magdalena que llevara la noticia a Pedro y a los demás apóstoles”* (Lib I, 10). Realidad ésta que el discurso oficial de la Iglesia ha omitido y se sigue omitiendo, a pesar de que, en Oriente, María Magdalena es llamada *“la Apóstol de los apóstoles”* y, como tal, también, es patrona de los Dominicos, por ejemplo.

“¿Qué risa me da –dice Pizan– cuando algunos predicadores son tan necios como para decir en un sermón que su Dios se apareció primero a una mujer fue porque sabía que no podría callarse¹¹ y que antes se conocería la noticia de su Resurrección. No sólo son necios, porque difaman a las mujeres, sino que, además, blasfeman porque pretenden que algo tan sagrado fue revelado por un vicio” (Lib I, 10).

c) Un Cristo que deja patente su aprecio a todas las mujeres por la persona que son y el reconocimiento de su dignidad

Como ejemplo, subraya C. Pizan, cómo Cristo *“nunca desprecia a las prostitutas, sino que las admite a su mesa”*. *“Cristo bajó del Cielo para salvar a los pecadores y cuenta el Evangelio cómo una pecadora le lavó los pies con sus propias lágrimas”* (Lib III, 17).

¹¹ *“Las mujeres no deben hablar, porque sus labios llevan el estigma de Eva, cuyas palabras ha sellado el destino del varón”*, decía el papa Honorio III, cuando ordenaba a los obispos que prohibieran el pulpito a las abadesas (1226).

Y cómo Cristo escucha y reconoce a la samaritana, una humilde mujer que ni siquiera comparte con él su fe y la pone como ejemplo de fe ante sus discípulos varones y es que *“encontró en el corazón de una mujer de baja condición y extranjera más fe que en todos los obispos, príncipes, sacerdotes y todo el pueblo judío, ellos que pretenden ser los elegidos de Dios”*.

“Hoy, en cambio, -se lamenta Pizan- ¡Dios mío, qué no haría falta para ver a unos obispos charlar con una mujer sencilla, aunque sólo fuera para hablar de su salvación!”

Finalmente, recuerda cómo, en respuesta, también fue muy importante el aprecio de las mujeres a Jesús y exalta su valentía, su fortaleza, su fidelidad y su amor frente a la debilidad, la cobardía, la infidelidad y la mezquindad de los apóstoles: *“María, María Magdalena y las otras mujeres, todas ellas se quedaron en su compañía al pie de la cruz, durante la Pasión de su Hijo. Cuando todos los apóstoles le habían traicionado y abandonado, ellas nos se alejaron del Hijo de Dios, ni vivo ni muerto. Es evidente que Dios no despreció el amor de las mujeres como si fuera esa cosa frágil que pretenden algunos”* (Lib III, 2).¹²

Por todo ello, concluye: *“No existe la menor duda de que las mujeres pertenecen al Pueblo de Dios y a la raza humana tanto como los varones y no son de otra especie o raza diferente que justificara que fueran excluidas de las enseñanzas morales”* (Lib III, 17).

3. El Dios Espíritu, que impulsa la historia

Aunque Christine de Pizan no se refiere explícitamente al Espíritu, para ella, todo progreso espiritual, creativo, material y técnico demuestra la grandeza de la mujer y del varón a quienes Dios ha concedido el don de colaborar en la perfección de la creación¹².

Por otro lado, en la misión de las tres Damas: Razón, Derechura y Justicia, que “son una misma cosa con Dios” queda reflejada lo que hoy consideramos que es la labor del Espíritu, que nos impulsa hacia el *Anthropos Néos*: presencia creadora que habita nuestra historia en sus procesos de liberación, la sustenta y la promueve¹³ porque creemos que el Espíritu dinamiza toda la creación, conduce nuestra historia, llevándola hacia su plenitud.

¹² M. J. LEMARCHAND, “Introducción...”, 42.

¹³ Véase SANTO TOMAS DE AQUINO: Tratado “De Dios Uno”. *Summa Theologica* 1, q.8, a.1, ad.1,2,3; a. 2.

d) *María, la primera mujer*

En la Edad Media, la educación que se propone a las jóvenes es la imitación a la Virgen María. Probablemente, a ello se deba la gran admiración que Christine siente por María, pero no por la Virgen idealizada y etérea, sino por la mujer María, la Reina del Género femenino, la mujer mujer, la mujer plena, destinada “*a ser por la eternidad la Reina de todas las mujeres, como de toda eternidad lo quiso Dios y lo ordenó la Trinidad*” (Lib III, 1). Y, por eso, la pone en la cúspide de su *Ciudad de las damas*, para que sirva de modelo e impulso a todas las mujeres; no para que sean en miniatura la Virgen propuesta por los clérigos, sino para que, a su imitación, cada una sea la mujer fuerte del Evangelio –como la gran mujer fuerte y valiente de su tiempo, Juana de Arco– y para que, viéndola, las mujeres tomen conciencia de su propia valía, de su dignidad y de su potencialidad. Puede llamar la atención que siempre se dirige a ella como la *Virgen*, nunca como *María*, pero, si tenemos en cuenta que, para ella, la virginidad es símbolo de autonomía, de independencia y de fuerza, entenderemos qué modelo de mujer inculca a sus congéneres.

Entre las misiones que atribuye a María, destacan especialmente las de *intercesora y medianera*, porque: “*abrió las puertas del Paraíso... a través de ella Dios salvó a la Humanidad... gracias a ella, Dios se hizo un ser humano... gracias a ella, el varón accedido al reino de Dios*” / (Lib III, 1). Y, como cúspide de su ciudad, es la gran medianera de las mujeres, para lo que cuenta como *damas de compañía con las beatas vírgenes*¹⁴ y *todas las santas*, que han destacado por su fe, por su libertad y fortaleza; por su inteligencia y su dominio de la teología; por su amor caritativo y su valor, pues se jugaban la vida por ayudar a los mártires, torturados, murientes, encarcelados, etc. En todos estos casos de admirables mujeres, para Cristina, queda patente que Dios está siempre del lado de quien sufre y de quien ama y es fiel. (Lib III, 17).

e) *VIRTUDES que inculca y alaba en las mujeres*

Apoyada “*en las Sagradas Escrituras que lejos de atacar a las mujeres, alaban sus admirables virtudes*” (Lib III, 18), C. Pizan alaba tres virtudes como de especial importancia para las mujeres:

1) La *piedad*, pero, como ella la llama, la *verdadera piedad*, la única agradable al Señor, la *del corazón*, que consiste en “*llevar a la práctica el segundo mandamiento: no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti o ama a los demás*”. No se trata, pues, de una piedad superficial, manifestada en la observancia de ritos o de oraciones, sino en la vida y en los actos;

¹⁴ Pone a las vírgenes en primer lugar, probablemente, reflejo de cómo las admira por haber elegido la vida en libertad, fuera del dominio de un varón.

2) La *sobriedad*, que modela el corazón, alimenta y acrecienta el entendimiento y guarda en el camino recto de la disciplina y la razón: "*Queridas, no malgastéis vuestra nueva dote (la Ciudad) como esos nuevos ricos que se hinchan de vanidad viendo cómo crece su dinero, sino seguir el ejemplo de vuestra Reina, que se humilló cuando supo que iba a ser la Madre de Dios. Como es cierto, amigas mías, que cuanta mayor envergadura moral tenga una persona, menos vanidad tiene*".

3) Especialmente, la *castidad*, no entendida sólo como abstinencia, sino fundamentalmente como *resistencia*: resistencia a convertirse en meros objetos sometidos al deseo sexual del varón y resistencia a permanecer en el orden hegemónico, contribuyendo a fracturarlo¹⁵; es decir, la castidad como fuerza, autonomía e independencia y la *virginidad*, como camino de la autorrealización de las mujeres, liberándose del yugo matrimonial, abandonando el papel tradicional de esposas y madres; la única forma de librarse de las ataduras domésticas de por vida.

Por ello, alaba la autoafirmación de las santas como mujeres independientes y constantemente elogia a las mujeres que "se encierran para liberarse" (la clausura como liberación¹⁶), pues la mujer casta logra, así, un acceso directo a la verdad y alcanza una experiencia espiritual del amor, como la que describirá Teresa de Ávila, en *Las moradas del castillo interior*¹⁷.

f) El cuerpo de la mujer

Probablemente, la gran revolución de Christine de Pizan es pensar la condición femenina a partir del propio cuerpo de mujer¹⁸, dejando atrás el discurso médico-teológico del orden patriarcal y solidarizándose con quienes como ella han nacido en un cuerpo de mujer. Desafiando abiertamente a las etimologías medievales inspiradas en San Isidoro de Sevilla¹⁹ que establecen una perversa relación entre *mulier* y *mollitia*, por la que la mujer se diferencia del varón por la debilidad de su cuerpo, rebate con firmeza y contundencia el carácter ontológico de dicha asociación. y desafiando, asimismo, los tratados médicos de su tiempo o las famosas obras *De secretis mulierum*, de Boccaccio, y la segunda parte del *Roman de la rose*, de J. Meung, ambas de gran

¹⁵ N. IBEAS VUELTA-M^aÁ. MILLÁN MUÑO, "¿Por qué Naturaleza habría de avergonzarse? A propósito de La Cité des Dames de Christine de Pizan", en: A. CARABÍ, *Belleza escrita en femenino*, Barcelona 1998, 69-78.

¹⁶ Hay que recordar que, en aquella época, ésta era la única salida para las mujeres que querían estudiar o dedicarse a la vida intelectual o, simplemente, querían llegar a ser ellas mismas (M.J. LEMARCHAND, "Introducción....", 48).

¹⁷ J. ADRIÁN ESCUDERO, "corpus sanum....", 181.

¹⁸ Véase A. CARRÉ, "El cuerpo de las mujeres: medicina y literatura en la baja Edad Media", *Areñal: Revista de historia de las mujeres*, 3 (1996) 75-90.

¹⁹ Isidoro de Sevilla: *Etimologías. Del hombre y los seres prodigiosos* 2, 17-19.